

## XIII

A despecho de mis reproches interiores, porque, ¿para qué alarmar a aquella niña, acaso sin razón?, no pude menos de comunicarle, al día siguiente por la noche, a Matilde, en un coloquio verdaderamente apasionado, mis tristes presentimientos, en los que tomó una parte tal, que me desgarraba el alma y me satisfacía al mismo tiempo. Pero para apartar, no obstante, las preocupaciones demasiado tristes, entretuvimos ambos en pormenores nimios, relacionados con la ceremonia que había de celebrarse dentro de unos días. La costurera las pasó moradas y yo no le dí punto de reposo al sastre. Al mismo tiempo, pulsaba yo a mi futura, con la que hacía tiempo paseaba ya bajo la égida de su madre, los días de asueto, desde hacía mucho tiempo, sí, porque recuerdo como cosa de hoy, haber visto aquel año al último buey gordo y a la última máscara sería pasar, bajo una granizada de las más memorables, por esa glacial o tórrida plaza de la Concordia, pulsaba pues, como decía, a mi futura, discretamente, acerca de los regalos que querría aceptar en la modesta canastilla de bodas que yo le dedicaba, con el afán de que ésta pudiera parecerle "por lo menos" regia, y nuestras paradas ante los escapa-

rates de las joyerías y de los almacenes de ropa blanca, eran el cuento de nunca acabar.

Todo iba, pues, a pedir de boca para nosotros, y la mañana de la antevíspera de la fecha bendita pudo contemplar mi maravilloso despertar, mi alegre encaminarme a la oficina, después del más cariñoso beso a mi madre, un poco inquieta ella también a causa de las noticias de la guerra y de su probable influjo en las deliberaciones de las Cámaras; pero encantada, sin embargo, de verme de tan buen humor, y, por último, mi celo administrativo, objeto de la admiración algo inquieta de mis compañeros, que jamás me habían visto tan dispuesto, y la literal estupefacción de mis jefes.

Sí; todo salía a pedir de boca, cuando próxima ya a terminar la jornada burocrática, a eso de las cuatro y media o las cinco, en la luz ya opaca del gran salón de paredes atestadas de armarios llenos de cartapacios, donde estábamos cuatro empleados detrás de nuestras mesas, con casilleros cargados hasta más no poder de otros papelotes en desorden, y pesados tinterones, aceritos erizados de plumas, garrapateando terribles hojas de papel con títulos impresos, con fórmulas siempre las mismas, "orden de pago de trimestre", etcétera, y nombres *Gugliellmini*, *Belloir*, y etcétera, etcétera, vi entrar pálido, decaído, desfigurado, a uno de mis

buenos amigos, L... de R..., muchacho de corazón expansivo en demasía, la exaltación en persona, el cual acababa de saber, por modo inopinado, que su querida había fallecido de sobreparto, y quería suicidarse, enseñándome, en confirmación de sus palabras, un revólver cargado, y poniéndome en las manos un abultado manuscrito, que yo no había de leer hasta después de su muerte, y antes de que yo, aturdido, pudiera retenerlo para pedirle alguna explicación, que quizá hubiera modificado su propósito, echó a correr, despistando por aquel dédalo de corredores y escaleras mi persecución, inspirada en el deseo de disuadirlo de un suicidio espantoso para mi corazón de amigo sincero, y quitarle el arma si era posible y retenerlo por la fuerza si era menester junto a mí.

Ignoraba yo sus señas. Suponiendo que me las habría dejado en la carta que acababa de entregarme, abríla, encontrándome con que contenía un testamento en el que me encargaba de velar por el hijo que dejaba en el mundo, cuyo nacimiento habíale costado la vida a la pobre mujer, a la que mi desventurado amigo quería seguir en la tumba. Cuanto a señas, ni la menor indicación... Al otro día fué, cuando después del desayuno, en el momento en que me disponía a dirigirme a la oficina, recibí un telegrama suplicándome que me dirigiese a toda prisa a Pas-

sy, calle Tal, número tanto, y que firmaba L... de R... Aterrado, y temiéndomelo todo, pero con la suprema esperanza que presentía quimérica, de que el desgraciado me llamaría, quizá, para volver a verme y probar de asirse de su desesperación a mi fiel amistad, escribíle unas líneas de excusa a mi jefe y tomé al vuelo un coche de punto.

La vispera habíame encontrado en la calle de Nicolet un aire completamente alterado, y dirigíome algunos reproches, ¡oh, cuán afectuosos! Yo no había creído tener que disculparme más, sino atribuyendo mi un tanto "triste figura" a un extremo cansancio, debido a un exceso de trabajo en esa perra oficina, que ni siquiera había consentido en concederme dos a tres días de licencia antes de la boda, ni más de cuarenta miserables horas de descanso después del matrimonio.

Al llegar a Passy encontré a L... de R... tendido en la cama, todo vestido, con la frente traspasada de un balazo. ¡Oh, aquella cabeza que había sido tan hermosa con su cálida palidez y sus largos cabellos románticos; aquella cara espantosa, violácea ahora, con los ojos todavía de angustia bajo los entornados párpados, y la boca mohina y de costado, enseñando los dientes en un abrirse de doliente alentar!

Tuve que ir a toda prisa a ponerme a las ór-

denes de la madre, que no me conocía, sino por lo bien que su hijo le había hablado siempre de mí... y a la que el atroz estupor, más todavía que el inmenso desastre —¡un hijo único al que ella quería tanto, y que la quería tanto también—, hacía incapaz —apenada y como ofendida por aquella muerte por culpa de una extraña— de atender a las miserables cosas que implica una defunción, sobre todo una defunción ilegal. Reconocimiento por salvar las formas pero siempre molesto, del médico forense, obedeciendo a “órdenes especiales”; visita todavía más vejatoria del secretario del señor comisario de Policía del distrito; declaraciones, testigos y demás, porque en París no gustan de firmar el fin de un hombre que se hartó de la existencia que en este mundo llevamos.

Además, la madre, que era católica, encargóme de obtener del señor cura de Passy la admisión en la iglesia del cadáver de su desventurado hijo. Encontréme, dicho sea de pasada, en aquel sacerdote con un hombre muy apenado por lo ocurrido y muy conmovido de la apremiante demanda, el cual, después de sermonearme un poco, incitado sin duda a ello por mis pocos años y la gran sinceridad de mi emoción, que yo manifestaba en todo, declarando, o más bien dejando adivinar mi incredulidad, concedióme un “convoy de tres horas”.

Al día siguiente, que era la víspera de mi boda —aquella vez la noche misma de aquella antevíspera tan tristemente memorable había yo explicado mi extraño aspecto de la noche anterior, lo que no me habían censurado, sino todo lo contrario—, después del envío simultáneo a mi oficina de una nueva excusa de ausencia y de diversas invitaciones a la ceremonia del día siguiente, asistí, en compañía de sólo Anatole France, mi amigo antiguo y que sigue siéndolo y muy afectuoso —aunque yo había repartido numerosas esquelas—, al breve responso, adiós postrero a aquel que no había podido luchar más con esta vida cruel...

El estado de enervamiento en que regresé a París, propiamente dicho, el incidente que sigue lo demostrará mejor que todo análisis psicológico.

La verdad acababa de estallar el día antes, en la plaza de Vendôme. En vez de la falsa victoria de Mac-Mahon, que había hecho que dos días antes se engalanasen todos los balcones del barrio, ¡ay!, de la Bolsa, habíase divulgado la triple derrota y la retirada "en buen orden" del ejército del Rin. Una extraordinaria excitación fermentaba amenazadora y además absurda, según habían de demostrarlo los acontecimientos subsiguientes. La gente les arrebatava los periódicos de las manos a los vendedores. Yo compré

uno que acabó de colmar el estado febrilmente horrible en que me encontraba desde el día antes, y no había hecho más que acomodarme en la terraza del café de Madrid, donde se encontraban gran número de compañeros míos, literatos y de esos que aun no se llamaban políticos, cuando acertó a pasar por allí un regimiento, con la *Marsellesa* a la cabeza, y al punto, un formidable grito de *¡Viva la República!* brotó de todos los pechos —de casi todos por lo menos—; porque habiéndome yo levantado un poco y acercádome al filo de la acera para mejor hacer mi manifestación aparente, ¡oh, puramente instintiva! —no tendrían dificultad en creerlo— y sin esperanza de una subprefectura después de la Gloriosa inminente, un caballero que llevaba a la cabeza un hongo y que tenía el aspecto de un hortera en delirio, me apostrofó diciendo: ¡Lo que hay que gritar es viva Francia, ciudadano! ¡En un día como el de hoy no hay más partidos, no hay más que la bandera!, etc.; y para probarme la verdad de su dicho, hizo señas a unos agentes, que se acercaron con intención de detenerme. Al ver aquello y como yo gesticulaba como un energúmeno, proclamando y reteprouclamando la República con todas mis fuerzas, ¡y a fe mía!, con todo mi corazón, los compañeros de la terraza y parte del público arrancarónme de manos de los agentes que, por

lo demás, no me tenían sujeto muy recio, y yo me sustraje a las ovaciones escurriéndome por el pasaje Jouffroy. ¡Vaya un lance! ¡En la calle de Nicolet iban a tener unas noticias que ya, ya!... Y azorado, sediento y en un desorden de indumentaria que reclamaba alguna reparación de mi corbata y demás accesorios, me entré en el café Mulhouse, que luego pasó a ser un *bouillon* en cuyo solar, incluso el jardín, se ha instalado luego el museo Grevin. Allí pedí el último ajenjo que había de tomar en mucho, en unchísimo tiempo, y el periódico de la noche mejor informado, que era entonces *La Patria*, en la forma patriarcal y achaparrada, que luego ha perdido, ¡para su bien! Lo primero que en él hirió mis ojos, fué esto, casi textual y cruelmente exacto “Eugenia, regente, a todos los presentes y venideros, salud: Decretamos, después de consultar al Consejo de ministros, de votarlo el Cuerpo legislativo y de aprobarlo el Senado, lo siguiente: Artículo único. Todos los hombres no casados de las quintas de 1844, 1845, etc., que no forman parte del contingente, son llamados a filas”.

¡Ya estaba encima lo que yo temía! ¡Mi boda no habría de verificarse!